

Introducción

*la que naciendo en Europa
pasó su luz matutina,
brillando Estrella en Italia
a lucir Sol en las Indias.*

Sor Juana

Romance 69, vv. 17-20¹

El nombre de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, condesa de Paredes, marquesa de la Laguna, está indisolublemente asociado a una de las figuras más importantes de la literatura hispanoamericana, sor Juana Inés de la Cruz. Si bien para 1680, cuando empieza el virreinato de los marqueses de la Laguna, sor Juana ya gozaba del reconocimiento de sus coterráneos y había sido favorecida por la tutela de los virreyes marqueses de Mancera (1664-1673) y fray Payo Enríquez de Ribera (1673-1680), el paso de María Luisa por México (1680-1688) fue decisivo para la fortuna literaria de la monja jerónima. La estancia de la virreina de la Laguna en la Nueva España marcó los años quizás más felices y productivos de la poeta. De la mano de su mecenazgo, sor Juana accedió a la publicación de su obra en España, lo que le brindó la consagración inmediata y la fama póstuma, tanto en la península como en el resto del mundo hispanohablante. Al mismo tiempo, sor Juana supo entender, acaso mejor que nadie, el carácter de su señora, inspiradora de piezas memorables. En el festejo del monasterio de San Jerónimo, del cual reproducimos un fragmento en el epígrafe, sor Juana pone de relieve

1. Del juego *Bailes y tonos provinciales de un festejo, asistiendo en el Monasterio de S. Jerónimo los Excmos. Señores Condes de Paredes, Virrey y Virreina de Méjico*. Se citará por la edición de sus *Obra completas*, Juana Inés de la Cruz, 1995-2004 [1951-1957].

una de las claves de la vida de la marquesa de la Laguna: el desplazamiento de Europa a América, circunstancia que la llevó de ser, en palabras de la monja mexicana, “estrella” en el viejo continente para convertirse en “Sol” en las Indias. La metáfora, panegírica y celeste, como convenía al trato cortesano y a las convenciones de la época, expresa con notable precisión el circuito de la vida de su protectora, condensado en este pasaje de noble dama en la Corte metropolitana a virreina en la Nueva España, lo que dio esplendor y proyección política a su ya encumbrado linaje.

Espectadora fascinada por los destellos y las virtudes de la virreina, y movida por las exigencias formulaicas del sistema de patronazgo, sor Juana poetizó los más diversos momentos de la residencia de María Luisa en tierra mexicana. El ingreso festivo a la ciudad, los agasajos oficiales, el embarazo, el nacimiento de su hijo José, los paseos por las huertas “donde fue a divertirse la Excm. Sra. Marquesa de Paredes”, sus encuentros en el convento de San Jerónimo, los cumpleaños y festejos en Palacio, los efectos de su imbatible belleza, el dolor de su partida, entre muchas otras escenas, circunstancias y pormenores que rodearon a su vida americana, todos fueron captados líricamente por sor Juana.² Por este motivo, la obra de la jerónima es una de las fuentes más apreciadas y legítimas para conocer a la virreina, si bien, como es evidente, la admiración que le profesó sin ambages estuvo mediada por los filtros de la retórica y las exigencias de los protocolos de la relación desigual entre escritor y patrón. Si del sujeto histórico María Luisa poco o nada queda, podría decirse que lo más palpable de su tránsito por el mundo son las numerosas evocaciones y representaciones que le dedicó su amiga y protegida.

En efecto, el perfil de la virreina —figura inmortalizada por su vínculo personal con sor Juana— ha sido uno de los objetos de estudio más escurridizos dentro del rico universo barroco novohispano. Como un personaje de un drama de época, María Luisa se esfuma detrás de su ropaje o, en su caso particular, de su propia investidura y posición social. Para reconstruir su historia —relegada, como la

2. Dice Amado Nervo en su biografía de sor Juana Inés de la Cruz, de 1910: “Puede decirse que no da un paso la virreina sin que la sigan los grandes y rasgados ojos de Sor Juana, quien borda la vida diaria de Lysi con rimas resplandecientes”. Nervo, 1995, p. 135.

de tantas mujeres protagonistas del siglo xvii— solo contamos hoy con fragmentos de genealogías y tratados, o con citas y menciones en diarios y documentos oficiales que, por su escasez o brevedad, no alcanzan a satisfacer la curiosidad que su persona despierta. ¿Quién fue María Luisa? ¿Cómo fue esta mujer que gozó del privilegio de un diálogo asiduo y una estrecha amistad con nuestra poeta? ¿Qué certidumbre la movió al gesto histórico de publicitar su obra en España, más allá de la acendrada tradición del mecenazgo imperante en la nobleza de su tiempo? Destacados especialistas han procurado, con los pocos elementos existentes, darle un rostro a la virreina, pero María Luisa ha seguido siendo un ser velado y enigmático para los estudiosos de la cultura mexicana y de la obra sorjuanina.³

El feliz hallazgo, en primer lugar, de dos cartas autógrafas de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga en la Latin American Library de Tulane University en Nueva Orleans vino a llenar, al menos parcialmente, este vacío de información. A estas dos cartas se suman, ahora, una nota conservada en la Fundación Casa Medina Sidonia, Cádiz y una carta que se encuentra en la Lilly Library de Indiana University, Bloomington.⁴ Se trata de documentos inéditos que permiten indagar en la personalidad de la virreina, quien se nos muestra por primera vez como un ser de carne y hueso o, al menos, como lo más cercano a ello, como es el trazo de su propia mano en el papel. Podemos observarla, en el espacio privado de la epístola, consustanciada con las noticias cortesanas de España y preocupada por los sucesos locales, permitiéndonos acceder así a una dimensión, ignorada hasta el momento, de sus intereses mundanos. Asistimos también a la expresión de sus afectos de esposa, madre, amiga, prima e hija, y la apreciamos como asombrada relatora de las dotes intelectuales de una monja jerónima a quien dice visitar con frecuencia como único refugio a su soledad.

3. Tenemos en cuenta los aportes de Alfonso Méndez Plancarte, Octavio Paz, Antonio Alatorre, Georgina Sabat de Rivers, Margo Glantz, Pascual Buxó, Sarah Poot-Herrera, Martha Lilia Tenorio, Judith Farré, así como de otros estudiosos de sor Juana que se han ocupado de la figura de la virreina. Agradecemos especialmente la información brindada por Héctor Pérez Rincón en sus artículos sobre la virreina y su hijo de 2002, 2003 y 2011, que citamos a lo largo de este trabajo.

4. Véase Gillespie, 2013.

En el orden cronológico, la primera nota es un mensaje de pésame escrito en el Puerto de Santa María el 20 de julio de 1676 y dirigido a María de Guadalupe de Lencastre, duquesa de Aveiro; le siguen las cartas fechadas el 30 de diciembre de 1682, cuando María Luisa lleva dos años de estadía en Nueva España, y otra el 28 de agosto de 1683, al poco tiempo de dar a luz, ambas enviadas también a su prima; por último, la misiva del 29 de julio de 1687, que tiene como destinatario a su padre, Vespasiano Gonzaga, pretense duque soberano de Guastalla, donde da noticias sobre el período previo a su regreso a España. Estos escritos, extraordinarios por su rareza en un universo que se creía clausurado o irremediablemente perdido, permiten acercarnos a su mundo familiar, a sus temores e inquietudes, a sus curiosidades y predilecciones, a su mirada sobre México y su gente, y presenciar, además, algo inédito: su propia descripción, de puño y letra, de la célebre monja mexicana.

Asimismo, las cartas ubican a la virreina, primero, en el Puerto de Santa María y después en México, una de las etapas más intensas de su larga e itinerante vida. María Luisa experimentó las grandezas que su origen noble le presagiaba, pero conoció también las pérdidas y el dolor del exilio final en el que concluyen sus días. Su historia abre numerosos interrogantes sobre la vida de las mujeres nobles en el siglo xvii hispánico e invita a indagar en los roles de dama de la Corte, virreina y mecenas desplegados desde esta posición de privilegio. Por eso, María Luisa se vuelve una suerte de epítome de tantas otras mujeres aristocráticas y notables como ella, cuyas trayectorias permanecen parcialmente investigadas, cuando no totalmente confinadas al olvido.

El propósito de este estudio es, por una parte, presentar un acceso a este material del modo más fidedigno, incluyendo facsímil, versión paleográfica y modernizada de las cartas, y, por otra, perfilar un cuadro biográfico de la marquesa de la Laguna a la luz de las fuentes históricas y literarias existentes, incorporando los datos que nos aportan estos escritos. En la primera parte de este libro incluimos, en el capítulo I, una descripción física y contextualización archivística e histórica de las cartas, una aproximación al carácter de sus corresponsales —en particular, María de Guadalupe de Lencastre y Cárdenas—, además de un análisis de sus contenidos y una valoración de su significado en el marco de los epistolarios femeninos

del siglo xvii y de las cartas privadas de Indias. En el capítulo II presentamos un esbozo biográfico de María Luisa a partir de las fuentes existentes: la obra de sor Juana, las menciones en diccionarios, historias y documentos genealógicos y jurídicos, con especial énfasis en la información que nos proveen las misivas. Hemos añadido una cronología con la finalidad de ubicar los textos, a su autora y a sus destinatarios en la trama de la historia.

En la segunda parte incorporamos el facsímil, la transcripción paleográfica y la versión modernizada y anotada de las cartas a la prima, María de Guadalupe de Lencastre (1676, 1682 y 1683), y al padre, Vespasiano Gonzaga (1687). Esta edición se completa con cinco apéndices que contienen documentos, textos literarios e iconografía relevantes para la reconstrucción de la vida de María Luisa y para el mejor entendimiento de estos escritos. Estos son: la lista de pasajeros que conformaron el séquito virreinal de los marqueses de la Laguna en su viaje a Nueva España en 1680, algunos de los cuales aparecen nombrados en esta correspondencia; dos cartas inéditas del VIII duque de Medinaceli de 1687 a su hermano, Tomás Antonio de la Cerda, también halladas en Tulane y estrechamente relacionadas con las que aquí publicamos; los dos poemas escritos por la virreina y dedicados a sor Juana, así como una selección de poemas de sor Juana destinados a María Luisa, incluido el romance epistolar que dedicara a María de Guadalupe de Lencastre, la duquesa de Aveiro; por último, una selección de imágenes del entorno familiar de María Luisa y del mundo sorjuanino, además de un índice de nombres propios mencionados o aludidos en las cartas.